

ENTREVISTA

Transitar lo sagrado

Inspirados en la historia del Niño del cerro El Plomo y en su íntima conexión con la cordillera, los artistas Francisco Gazitúa y Ángela Leible, junto con el arqueomusicólogo José Pérez de Arce, presentan "Oráculo Imperial", selección de obras cuyo centro es la sacralidad de la montaña y el agua. Esta temática, así como la historia del escultor y la pintora serán parte de Encuentros El Mercurio, una conversación profunda con esta pareja de creadores, que tendrá lugar el próximo 8 de abril, a las 19:00 hrs., en el Club de Lectores.

Texto, Constanza Toledo Soto. Fotografías, José Luis Rissetti Z.



Hace unos diez años que Ángela y Pancho no exponían juntos. José Pérez de Arce es el curador de la muestra.

Los protagonistas de esta historia aparecen poco a poco en escena. Nos recibe el escultor Francisco Gazitúa, quien, mientras traslada un par de piedras de un sector a otro del patio, comenta que "la Ángela" salió a comprar unos soportes que faltaban para el montaje de sus cuadros. A los pocos minutos, la pintora llega manejando la camioneta roja que les ha servido para trasladar parte del material desde su casa en Pirque hasta la Corporación Cultural de Lo Barnechea. Allí, hasta mayo, ambos presentan la exposición "Oráculo Imperial", que a través de un conjunto de esculturas y pinturas rinde homenaje al Niño del cerro El Plomo, a la sacralidad de la montaña y del agua que esta provee. A poco andar en la conversación, se suma un tercer actor: José Pérez de Arce, curador de la muestra y arqueomusicólogo, quien conoce de cerca la tra-

yectoria de la pareja. Los tres integran el colectivo Cruz del Sur –al que también pertenece el poeta Juan Carlos Dörr– y comparten una larga e íntima relación con la cordillera. Fue Pérez de Arce quien, hace casi dos décadas, los invitó por primera vez a subir el cerro El Plomo. Aquel ascenso a caballo, que los llevó hasta los 5.200 m de altura, marcaría el inicio de una reflexión que desde entonces atraviesa la obra de Pancho y Ángela.

–Partimos con la idea de que este lugar era un hito que había que tomar en cuenta –señala Pérez de Arce, quien desde los años 80 investiga el mundo andino y la relevancia del niño allí descubierto por unos arrieros en 1954; un hallazgo que constituye uno de los hitos museológicos y arqueológicos más relevantes del siglo XX en América Latina. "Es un tesoro muy valioso, inédito y único", dice y profundiza en la Capacocha, la cere-



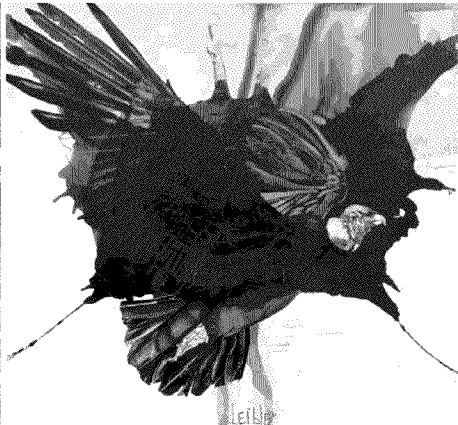
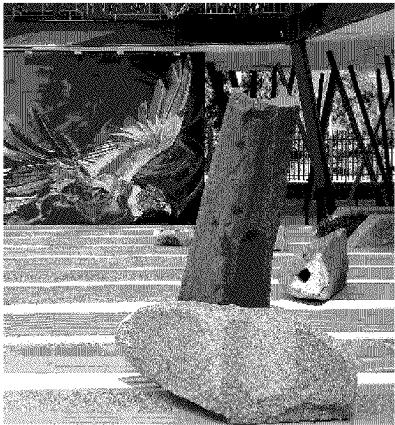
Dan la bienvenida dos obras en gran formato de Leible y más de diez esculturas de Gazitúa.



Ángela desarrolló el Anan Pacha, "el mundo celestial en la cosmovisión inca".

monia más significativa del Imperio inca, en la cual se ofrecía un niño a los dioses, depositándolo en una altura sagrada, con el propósito de mantener –entre otras cosas– el equilibrio del orden cósmico. Más que una simple ofrenda, explica el investigador, funcionaba como un vínculo entre las comunidades locales, el imperio y el mundo espiritual: "Una suerte de antena receptora y transmisora, casi un oráculo". De ahí viene, precisamente, el nombre del proyecto.

La cordillera es una experiencia vital para Gazitúa y Leible, quienes durante años han recorrido los Andes entre el Choapa y el Maule. Pancho –Premio Nacional de Artes Plásticas 2021– recuerda que la cumbre de El Plomo puede distinguirse desde más de cien kilómetros hacia el sur, dominando los valles y el glaciar del Olivares, que alimenta las aguas que llegan a Santiago: "El agua que bebemos viene



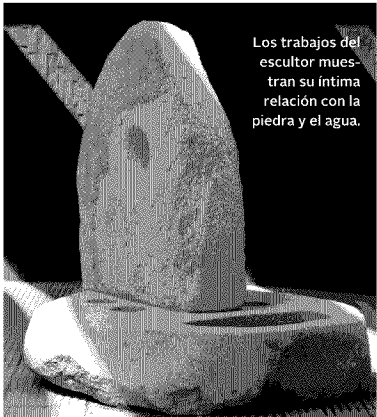
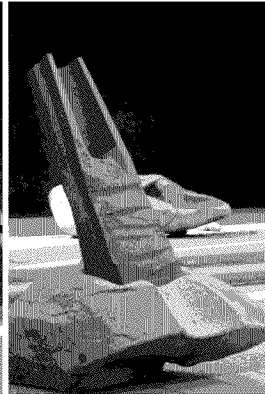
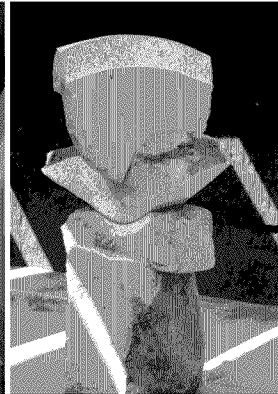
"Las aves son parte fundamental de las tradiciones andinas", dice Ángela.

Pancho extrajo material de la cantera de su casa en Pirque, donde reside.

Las piezas se complementan con poemas de Gabriela Mistral y Pablo Neruda.



Las pinturas están expuestas al interior y hay un sector con una instalación sonora.



Los trabajos del escultor muestran su íntima relación con la piedra y el agua.

de allí, en cierto sentido, es agua del oráculo", complementa Ángela. Para ambos, bajo esta mirada se comprende el territorio desde la cosmovisión andina, ya que aquella sociedad no estaba formada solo por seres humanos, sino también por macizos, ríos, animales y plantas: "A partir de esa perspectiva, el *apu* -cerro- era parte de la familia, por lo que cobra sentido el ritual de depositar a un niño en la cima que ellos veneraban".

En este contexto, las piedras que exhibe Gazitúa hablan de El Plomo desde lo más profundo de su composición, al conservar marcas de fracturas, rajaduras y pulidos naturales, además de huellas del viento y la arena. Para él, trabajar la piedra es adaptarse: "Tienes que hacerte piedra, de lo contrario, se te machucan las manos y cosechas angustias. Pero si tú cambias, la piedra se ablanda". En esta ocasión, su propuesta explora el Urín Pa-

cha, el mundo subterráneo que sigue latiendo bajo la superficie, manteniéndola viva. Leible, en tanto, comparte trece pinturas de aves inspiradas en el Anan Pacha, asociado a la importancia del cielo para las culturas ancestrales. Pérez de Arce, por su parte, aporta una dimensión sonora: una instalación musical basada en registros del río Mapocho y en el paisaje acústico que pudo haber acompañado la ascensión del niño. Y si bien entienden que en el ámbito científico esto es considerado un descubrimiento arqueológico, ellos prefieren detenerse en su dimensión espiritual. "Para la ciencia es un cadáver, para nosotros es sacralidad, es el oráculo". De ahí que la exposición apela a ese gesto de dar y recibir, entre lo humano y lo divino, y en este ámbito incorporan la montaña: "Tenemos una de las bellezas más extraordinarias frente a nosotros, así es que la invitación es simple: levantar la vista y contemplarla". VD